



**Universidad de la República**  
**Facultad de Psicología**

**Trabajo Final de grado**  
**Identificación en el Psicoanálisis**

Autor:

Camilo Zapata Nuñez de Moraes C.I: 5113139-1

Tutor: Gonzalo Grau

Revisor: Octavio Carrasco

Julio de 2024

Montevideo, Uruguay.

## **Índice**

Resumen	3
Introducción	4
Identificación en Freud	7
Identificación en Lacan	17
Consideraciones finales	30
Bibliografía	32

## **Resumen:**

El presente trabajo pretende realizar un recorrido teórico sobre el concepto de Identificación en psicoanálisis, tomando como base las teorías de Sigmund Freud y Jaques Lacan. La primera parte se centra en la teoría de Freud sobre el concepto referido para pensar su origen y comprender su funcionamiento. En la segunda parte se aborda la perspectiva desarrollada por Lacan en parte de su obra respecto al tema mencionado. A lo largo del trabajo se incorporan también algunos aportes específicos de otros autores.

Palabras claves: identificación, discurso, psicoanálisis

## Introducción:

La identidad y el identitarismo ocupan un lugar destacado en los movimientos políticos y sociales actuales. La identidad suele ser concebida como una señal de arraigo y se la asocia a las bases de la personalidad; no es extraño que se la piense como algo inalterable que tiende a permanecer en el tiempo. Para pensar esta cuestión, la teoría en el psicoanálisis aporta una mirada diferente, problematizando esta noción desde su centro. En la presente monografía se realizará un recorrido por sus aportes teóricos al respecto.

En cuanto a la representación del problema de la identidad en la ficción, existen infinitos ejemplos. He seleccionado uno específico que considero interesante por el modo en que aborda la temática: “Los *Soprano*” es una serie que ha tocado diversos temas muy presentes en la sociedad occidental de forma particular y que da lugar a análisis, incluso en la actualidad.

El ejemplo en cuestión se trata de un capítulo de la cuarta temporada titulado “Christopher”, que aborda el tema de la identidad desde una perspectiva crítica y que no es tan habitual.

Comienza con el grupo de mafiosos protagonistas bebiendo café y leyendo en el diario una noticia que contaba acerca de indios americanos que iban a protestar contra la fiesta del “día de la raza”, manifestándose frente a la estatua de Colón. Partiendo de esta situación, el capítulo que salió al aire en 2002 iba a representar en pantalla situaciones absurdas, posturas y polémicas extremadamente actuales en nuestra sociedad con una precisión alarmante.

Uno de los mafiosos que acababa de llegar de Italia se ve confundido. Pensaba que en Estados Unidos la gran mayoría de las personas veían a Colón como un héroe. Cuenta que Colón era del norte de Italia y que el norte siempre ha mirado al sur con desprecio, incluso aún sucede; “yo odio el norte”, concluye. Mientras tanto el resto de la mesa, que se consideran a sí mismos *italoamericanos*, mantiene cierto consenso en que Colón fue un gran conquistador y que la noticia sólo es idea de algunos “comunistas”, aunque reconocen que masacró a los indios.

Luego vemos situaciones tales como Tony Soprano quejándose porque en el libro de historia que estudian en el instituto de su hijo representan a Colón como un genocida, comparándolo con Hitler. Cuando le cuenta sobre esa comparación a Hesh (un personaje judío), este lo apoya en su crítica y dice que eso supone banalizar el holocausto.

También se nos muestra un debate en la televisión, en el cuál un indio americano está criticando a Colón frente a un italiano y a un negro, mientras que estos dos parecen estar de acuerdo en considerar a Colón un héroe, aunque ambos tienen más interés en dejar claro que sus supuestos grupos han sufrido más explotación que el otro.

Estas situaciones están narradas de tal manera que nos muestran posturas totalmente opuestas dentro de una sociedad heterogénea, en la cual conviven infinidad de grupos étnicos que pelean con fervor por hechos que ninguno de ellos ha vivido en carne propia ni logra justificar de manera sólida, como si les fuera la vida en ello.

En una escena posterior, el protagonista se reúne con un jefe indio para detener las protestas. Resulta que el jefe indio es un empresario rubio que es, a la vez, CEO de una empresa que maneja gran parte de los casinos, negocio muy concurrido por los mafiosos. Por supuesto que todas sus diferencias identitarias se resuelven hablando de dinero y llegando rápidamente a un acuerdo, “No hay nada cómo los negocios para difuminar los contornos de las culturas, las razas y las identidades. La globalización económica lo ha demostrado ya sobradamente” (Soto Ivars, 2021, p.303). Antes de finalizar la reunión, Silvio Dante, uno de los mafiosos, le dice al jefe de la tribu que él no parece muy indio, a lo que el jefe responde que había descubierto hace poco que su madre tenía un cuarto de sangre india. Tony le pregunta sarcásticamente si había descubierto eso cuando aprobaron la ley de casinos.

Ya en el final del episodio, Tony y Silvio están regresando a casa en auto reflexionando sobre el día. Tony apoya la imagen del americano individualista, encarnada por su ídolo Gary Cooper, señalando que este jamás se habría quejado de lo que sufrieron sus antepasados, mientras Silvio le responde que la gente sufre y que sus abuelos habían sido discriminados por ser calabreses. Entonces Tony le increpa: “te preguntaré algo: ¿todo lo bueno de tu vida te vino porque eres calabrés? Te contestaré: No, tienes un hijo inteligente en una gran universidad, tu esposa es preciosa, o al menos lo era cuando se casaron; tienes uno de los bares más rentables de New Jersey. ¿Todo eso es por ser italiano? No, todo eso es porque eres tú, porque eres inteligente o por lo que diablos seas. ¿Dónde mierda está tu autoestima? Eso no viene de Colón ni de El Padrino”. Silvio continúa manejando callado y no muy convencido del discurso que acaba de oír, así finaliza el capítulo.

Elijo comenzar con este relato algo extenso sobre el mencionado episodio porque lo considero una manera ilustrativa de plasmar en la ficción aspectos absurdos, y a la vez determinantes, que rodean el concepto de identidad. No pienso que la reflexión final del capítulo sea tomar una de las posiciones que se plantean como válidas. En verdad, se plantea toda la cuestión de la identidad como algo inconsistente y ridículo. La obra hace reflexionar al espectador sobre lo frágiles que son las bases en las que se sostiene lo que supuestamente nos representa, lo que consideramos como identidad. Y ese, en parte, es el propósito de este trabajo: problematizar la identidad, que analizada desde cierta perspectiva no se sostiene de forma coherente; sin embargo, hay algo en la estructura que da sentido a esa identidad que merece suma atención. El psicoanálisis aporta elementos para pensar esta cuestión. Es uno

de los puntos del discurso a través de los cuáles se puede llegar a entender desde qué lugar se posiciona y habla un sujeto, y solo a partir de ahí se puede comenzar a interpretar.

## Identificación en Freud

La identificación es un término central en la historia del psicoanálisis, sin embargo, no está definido de forma tan clara a pesar de que podemos encontrar basta teoría al respecto. En este primer apartado se van a explorar algunas nociones de Freud que comienzan a formar una idea del concepto (en un primer momento muy relacionado a la formación de síntomas), aun cuando en cierto momento de su obra reconoce no estar conforme con lo que expone sobre sobre este término.

Uno de los primeros abordajes con cierta profundidad al concepto de uno de los tipos de identificación (histérica), podemos encontrarlo en *La interpretación de los sueños* (1976/1900), precisamente en el capítulo IV, Freud la menciona como parte de la formación de síntomas. El término *identificación histérica* en el psicoanálisis está relacionado al reconocimiento a nivel inconsciente de algo en común con otro. Una mención a esta identificación se da en el contexto del análisis del sueño conocido como “sueño del salmón ahumado”. El sueño trata sobre una mujer que debe renunciar al deseo de dar una comida. Freud realiza un primer análisis del sueño en el que se nos revela información y se establecen los celos de la protagonista del sueño hacia una amiga a quién su marido alababa en demasía, pero ella sería “muy descarnada y flaca” para su gusto; sin embargo, esta amiga le habría comentado que quería engordar y también ser invitada a cenar a su casa ya que allí se comía muy bien (la protagonista del sueño también cuenta que se priva de un bocado de caviar antes de cada almuerzo, aunque sabe que si se lo pidiera a su marido, este se lo concedería sin problemas). En esta primera interpretación Freud concluye que se trataría sobre el lógico deseo de que no se cumpla el deseo de su amiga. Es decir que cuando “renuncia al deseo de dar una comida” no haría sino cumplir su propio deseo de negar el deseo de su amiga de engordar.

En efecto, es su propio deseo que a su amiga se le niegue un deseo —el de que su cuerpo prospere—. Pero en lugar de ello sueña que a ella misma no se le cumple un deseo. El sueño cobra una nueva interpretación si no alude ella a sí misma sino a su amiga, si se ha puesto en el lugar de esta o, como podemos decir, se ha identificado con ella. (Freud, 1976/1900, p.167)

En la continuación de la obra, Freud revela una segunda interpretación respecto al sueño que no anula, sino que complementa la primera. Para comprenderla nos enseña una definición del tercer tipo de identificación: “por lo tanto, la identificación no es simple imitación, sino apropiación sobre la base de la misma reivindicación etiológica; expresa un «igual que» y se refiere a algo común que permanece en lo inconsciente.” (p.168). Freud en un primer momento,

interpreta que la protagonista del sueño busca que no se cumpla el deseo de su amiga. En su segunda interpretación explica que la señal de la identificación histérica es que también ella quiere generarse un deseo propio insatisfecho (aquí toma relevancia el dato antes revelado del bocado de caviar del que la mujer se priva). Entonces Freud interpreta que el hecho de que la protagonista quiera generarse este deseo insatisfecho del bocado de caviar es señal de que ella se está identificando con la amiga a quién le quiere frustrar el deseo de engordar. Tal identificación apuntaría a mostrar que hay un vínculo entre estas dos personas: en este caso la mujer quisiera ocupar el lugar de su amiga en la estima de su marido y la forma inconciente que encuentra de hacerlo es identificarse con su amiga; como símbolo de esa identificación se termina generando un deseo frustrado. Así quedaría plasmada una primera noción de identificación histérica.

Algunos años más tarde y ya en otra etapa de su obra Freud (1980/1921) abre el capítulo VII de "Psicología de las masas y análisis del yo" con una idea fundamental sobre la identificación: "El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona" (p.99)

Esta breve frase es útil para comenzar a tomar noción del peso del concepto de identificación dentro del psicoanálisis, al ser el proceso por el cual una persona se reconoce en algún aspecto de alguien exterior a sí mismo, la identificación toma un lugar particular para el posterior desarrollo del sujeto y también a la hora de escuchar y analizar el discurso de este.

Freud plantea, al menos tres tipos de identificación, además de una diferencia importante entre identificación y elección de objeto (aunque ambos conceptos tienen estrecha relación): desarrolla este matiz describiendo la primera identificación del varón con el padre en una etapa temprana: Freud va a decir que en un primer momento el varoncito toma al padre por modelo, querría crecer y ser como él, lo toma como su ideal. Por otra parte, Freud también dice que contemporáneamente, se genera una investidura de objeto hacia la madre; entonces, es en el momento en que confluyen la identificación al padre y la investidura de objeto hacia la madre cuando nace lo que el autor denomina "complejo de Edipo normal", sería en ese punto cuando la identificación al padre cobra una "tonalidad hostil" ya que le representaría un estorbo. En un primer momento, el padre representa, en palabras de Freud "lo que uno querría ser"; en el segundo, representa "lo que uno querría tener". Este se entiende como el primer tipo de identificación.

En cuanto al segundo tipo de identificación, se explica a partir del síntoma neurótico, con el ejemplo de la niña, que sufre el mismo síntoma que su madre. Freud nos enseña que esta identificación puede implicar una voluntad hostil de sustituir a la madre, tal como sucede en el complejo de Edipo: en esta situación el síntoma expresa el amor de objeto por el padre. La otra forma de esta identificación se daría cuando el síntoma es directamente el mismo que el

de la persona amada (como sucede en el caso Dora, que imitaba la tos de su padre). En este caso Freud describe “La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación.” (p.100), se conoce también cómo identificación regresiva. Esto significa que “el yo tome sobre sí las propiedades del objeto” (p.100), este proceso se denomina introyección, según Laplanche (2004): “Proceso puesto en evidencia por la investigación analítica: el sujeto hace pasar, en forma fantaseada, del «afuera» al «adentro» objetos y cualidades inherentes a estos objetos.” (p. 205) Es un proceso en el que el sujeto internaliza rasgos y conductas externas, es fundamental en la formación del yo y también del superyó. En esta segunda identificación se puede notar que el yo copia, en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada.

En el tercer tipo de identificación, el síntoma se formaría a partir de un rasgo de una persona con quién no existe ningún lazo amoroso, es decir que, en esta ocasión “la identificación prescinde por completo de la relación de objeto con la persona copiada” (p.101). Para ilustrarlo, Freud recurre al ejemplo de las chicas del pensionado: explica que, si una muchacha en el pensionado recibe una carta de un amado secreto, esta carta despierta en ella celos y reacciona con un ataque histérico; entonces, sus amigas que conviven con ella también tendrían este ataque histérico, debido a que ellas desean esa relación secreta, por lo que aceptan también el sufrimiento que conlleva. En este caso la identificación se produce sobre la base del deseo de ponerse en la misma situación que otra persona (así sucede en el sueño del salmón ahumado mencionado anteriormente). Es importante destacar que en esta situación la simpatía que se establece con la persona imitada es una consecuencia de la identificación y no al revés.

Se puede decir que el yo es un sedimento de identificaciones, según Freud (1980/1923) “el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello...” (p.49). Además, dirá que las primeras que atraviesa el sujeto ocuparían un lugar importante, agrega: “los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos.” (p.33). Explica el proceso refiriendo al primer tipo de identificación ya mencionado, el cual se da cuando el yo todavía es “endebles”, más tarde esa primera identificación se modificaría, luego de la resolución del complejo de Edipo. Por este motivo las identificaciones resultan un aspecto relevante para el análisis, comprender su origen en la mayor medida posible, permite conformar cierta idea respecto al lugar desde el que se posiciona el sujeto, y también aportan elementos de interés para interpretar sus modos de repetición y entender la lógica que rige en su discurso.

Cuando Freud (1980/1921) describe el primer tipo de identificación, también expresa que “Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación” (p.99) haciendo referencia al

momento en el que el niño pasa a considerar al padre (a quién en principio tomaba como modelo) como un rival por el cariño de la madre y todo lo que conlleva el complejo de Edipo. Para este trabajo, es necesario enfatizar que las identificaciones mantendrán la característica de ambivalencia que Freud les atribuye, generarán permanentes contradicciones que pueden ser objeto de análisis.

“La diferenciación de lo psíquico en consciente e inconsciente es la premisa básica del psicoanálisis, y la única que le da la posibilidad de comprender, de subordinar a la ciencia, los tan frecuentes como importantes procesos patológicos de la vida anímica.” (p.15) Mediante esta premisa, Freud (1980/1923) marca una forma de entender el análisis que implica leer los discursos teniendo en cuenta la presencia del inconsciente en todo momento. Esta teoría supone cierta dualidad presente en varios aspectos del psicoanálisis, entre ellos la identificación.

Para profundizar en este sentido resultan fundamentales las nociones del ello, el yo y el superyó, planteadas por Freud en su segunda tópica. Según su descripción, pueden ser tomadas en cuenta para pensar la forma de analizar diversos aspectos del discurso, entre ellos, las contradicciones y las inconsistencias que pueden hacerse presentes en este cuando el sujeto habla sobre su yo, que como se mencionó anteriormente es un sedimento de identificaciones.

Freud (1980/1923) expone cómo se formaría el yo. Afirma que “el yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior.” (p.27) Se puede entender como una especie de entidad censora del ello que le permite adaptarse a la realidad y que a la vez soporta las exigencias del superyó, para llegar a un punto en que convive con pulsiones del ello y a la vez tiende a satisfacer las demandas del superyó, que, a su vez, también está formado por identificaciones. Freud dice al respecto del superyó: “Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado (...). Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico del superyó.” (p.49) Esta tensión permanente es algo a tener en cuenta, entre otros aspectos, para entender la falta de consistencia a la hora de definir o describir al yo.

La estructura psíquica propuesta por Freud, dividida en ello, yo y superyó, es un esquema conceptual que contribuye a pensar diversos aspectos sobre el discurso que se despliega en la experiencia analítica. Por ejemplo, cuando el sujeto siente ajenidad hablando de sí mismo, o se siente falto de convicción o dubitativo al referirse a acciones o características de su “yo”, tal como si hablase de otra persona; como si en ese momento el ello o el superyó ganasen terreno por un instante y por ese motivo el sujeto se llega a ver sorprendido por lo que dice acerca de sí. Este es sólo uno de los momentos en los que se puede notar algo del

inconsciente expresado en el discurso; de hecho, cuánto más ajeno lo sienta el sujeto, es probable que la palabra sea más verdadera, y por lo tanto, mejor material de análisis. Para complementar esta idea, es pertinente señalar un segmento de “El yo y el ello” (1980/1923) en el que Freud describe una imagen que me resulta muy ilustrativa para comprender la complejidad que conlleva definir al yo o hablar al respecto.

La importancia funcional del yo se expresa en el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad. Así, con relación al ello, se parece al jinete que debe enfrentar la fuerza superior del caballo, con la diferencia de que el jinete lo intenta con sus propias fuerzas, mientras que el yo lo hace con fuerzas prestadas. Este símil se extiende un poco más. Así como al jinete, si quiere permanecer sobre el caballo, a menudo no le queda otro remedio que conducirlo a donde este quiere ir, también el yo suele trasponer en acción la voluntad del ello cómo si fuera la suya propia. (Freud, 1980/1923, p.27)

Este extracto deja clara una de las razones por las que el discurso que refiere al yo del sujeto puede ser contradictorio y no lineal. De manera frecuente, se puede decir que el yo actúa de forma camuflada la voluntad del ello, que en gran parte está reprimida, por lo que no es extraño que aparezcan contradicciones o se torne complejo entender ciertos aspectos del yo. Tiene lógica que así sea, ya que no es posible comprender, ni mucho menos explicar, algo de lo que no se tiene conocimiento, y eso es lo reprimido por definición.

Todo este entramado psíquico se vuelve todavía más complejo con lo que Freud expone sobre el ideal del yo. Para plantear esta cuestión hay dos etapas significativas en su obra. El ideal del yo es mencionado por primera vez en “Introducción al narcisismo” (1914):

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública). (Freud, 1980/1914, p.92)

Describe así al ideal del yo relacionado a la conciencia moral y teniendo origen en la crítica de los padres. Además, ya se plantea la posibilidad de que el ideal se actualice, más tarde, en otros referentes, cuestión que Freud desarrolla en un futuro. Algunos años más tarde, ante supuestos reclamos de la época sobre la falta de una especie de “esencia superior en el ser humano” dentro de la emergente teoría del psicoanálisis, Freud (1980/1923) ensaya una respuesta y explica de forma más detallada el concepto de ideal del yo: “Por cierto que la hay,

y es la entidad más alta, el ideal del yo o superyó, la agencia representante de nuestro vínculo parental.” (p.37) Más allá de que la teoría del psicoanálisis estaba en plena construcción, es oportuno tener en cuenta que el concepto es presentado, en parte, como una respuesta al reclamo referido y que Freud lo menciona en su obra. A partir de ese contexto es posible entender mejor el lugar de ideal del yo en su teoría. A continuación, profundiza en su significado:

El ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo y, así, expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello. Mediante su institución, el yo se apodera del complejo de Edipo y simultáneamente se somete, él mismo, al ello. Mientras que el yo es esencialmente representante del mundo exterior, de la realidad, el superyó se le enfrenta como abogado del mundo interior, del ello. (Freud, 1980/1923, p.37)

En esta afirmación se confirma que Freud considera al ideal del yo: en parte, producto de aquella primera identificación con el padre, pero también se demuestra en este extracto la relación que existe entre ello y superyó. El autor confirma al superyó como abogado del ello frente al yo, llegando a concluir: “los conflictos entre el yo y el ideal espejarán, reflejarán, en último análisis, la oposición entre lo real y lo psíquico, el mundo exterior y el mundo interior” (p.38). Otro detalle no menor es que Freud refiere indistintamente a ideal del yo y superyó.

Freud (1980/1923) también nos explica la relación estrecha del ideal del yo con el sentimiento de culpa, ilustrando esto con un paralelismo a la religión: “El juicio acerca de la propia insuficiencia en la comparación del yo con su ideal da por resultado el sentir religioso de la humillación.” (p.38) A partir de aquella primera identificación con el padre, otros pueden retomar su papel, por eso sus mandatos y prohibiciones permanecen vigentes en el ideal del yo, ejerciendo ahora, a modo de censura y conciencia moral: “La tensión entre las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del yo es sentida como sentimiento de culpa. Los sentimientos sociales descansan en identificaciones con otros sobre el fundamento de un idéntico ideal del yo” (p.38). De esta manera Freud explica el proceso por el cual el ideal del yo puede cambiar, actualizarse, para provocar una especie de censura o al menos quedar estrechamente relacionado a la moralidad a través de identificaciones con otros que ocuparán ese lugar de ideal.

Profundiza en esta cuestión, planteando lo siguiente sobre el origen de lo que considera el superyó:

El papel que luego adopta el superyó es desempeñado primero por un poder externo, la autoridad parental. El influjo de los progenitores rige al niño otorgándole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que atestiguan la pérdida de ese amor y no pueden menos que temerse por sí mismos. Esta angustia realista es la precursora de la posterior angustia moral; mientras gobierna, no hace falta hablar de superyó ni de conciencia moral, Sólo más tarde se forma la situación secundaria que estamos demasiado inclinados a considerar la normal: en el lugar de la instancia parental aparece el superyó que ahora observa al yo, lo guía y lo amenaza, exactamente como antes lo hicieron los padres con el niño. (Freud, 1980/1932, p.57-58)

Estas líneas establecen el posible origen del superyó, estrechamente ligado a la autoridad parental, incluso Freud lo denomina el “legítimo heredero” de la instancia parental. Esta clave de lectura sirve para pensar el ejemplo del capítulo de *Los Soprano* referenciado al comienzo del presente trabajo, en el cual los personajes están totalmente atravesados por el vínculo que mantienen con sus antepasados, se plantean contradicciones y sentimientos encontrados con la imagen que guardan de ellos y actúan en consecuencia. Se puede notar cómo ese vínculo ha influido en sus perspectivas sobre ciertos temas y el modo de relacionarse con los demás, pero también con el modo de interpretar hechos históricos. Básicamente toda su vida está atravesada por esa identificación. Freud (1980/1932) menciona que la identificación sería la base de este proceso y, en esta instancia de su obra la define como “una asimilación de un yo a un yo ajeno, a consecuencia de la cuál ese primer yo se comporta en ciertos aspectos como el otro, lo imita, por así decir lo acoge dentro de sí.” (p.58)

Finalizando esta explicación sobre el origen del superyó Freud (1980/1932) agrega: “Ni yo mismo estoy del todo satisfecho con estas puntualizaciones acerca de la identificación, pero basta con que les parezca posible concederme que la institución del superyó se describa como un caso logrado de identificación con la instancia parental.” (p.59) Esta cita es significativa porque reafirma que el superyó sería un sedimento de identificaciones. Además, revela que para el propio Freud, la teoría desarrollada hasta ese momento sobre identificación no resultaba acabada de un modo satisfactorio.

En relación con lo anterior, en la 31° Conferencia Freud (1980/1932) propone una comparación certera para tener en cuenta la complejidad que supone encasillar aspectos del ello, yo y superyó, debido a que no están planteados cómo una estructura rígida ni con límites claros. Utiliza una comparación por oposición a lo que serían los límites geográficos, delimitados claramente. Menciona dicha comparación para ilustrar que estas instancias no se emparejan a inconsciente, preconscious y consciente respectivamente. Además, hay “contaminación” entre las partes, no están bien definidos los límites ni son independientes entre sí. Mediante la escucha se puede notar que la cuestión es realmente difusa, y en

ocasiones es difícil determinar qué aspecto corresponde a qué instancia. Considero que esto es parte de la justificación lógica que suponen las contradicciones y ambigüedades constantes que aparecen en análisis. Además, es una diferencia radical al momento de pensar el análisis, respecto a una postura que entiende al inconsciente cómo algo que está en un nivel completamente diferente o algo a ser descubierto por el analista; por el contrario, en este modo de abordar el análisis el inconsciente está presente en cada aspecto del discurso y el cuestionamiento o señalamiento de una identificación puede ser una forma efectiva de hacerlo evidente.

Reitero las referencias a las contradicciones presentes en el discurso sobre el yo porque es un aspecto relevante en el psicoanálisis, siendo uno de los momentos en los que hay menos certeza en el analizante. Se puede decir que eso es parte importante de lo que hace avanzar un análisis, ya que es ciertamente en ese enfrentamiento ante algo desconocido por parte del sujeto cuando es notorio que está diciendo más de lo que cree decir.

Ahora bien, las mencionadas contradicciones, relacionadas a la identificación, están presentes en el discurso porque no conocemos parte del funcionamiento de esta, y ese no conocimiento es constitutivo de la identificación. Es curioso que sucede algo particularmente similar con el modo en el cuál funciona el síntoma.

El propio Freud (1980/1932), menciona al síntoma como el punto de partida del psicoanálisis, y lo define cómo lo más ajeno al yo que se encuentre en el interior del alma. Expresa que “el síntoma proviene de lo reprimido, es por así decir su subrogado ante el yo; ahora bien, lo reprimido es para el yo tierra extranjera, una tierra extranjera interior, así como la realidad.” (p.53)

La importancia del síntoma en el psicoanálisis es indiscutible, y varios autores actuales que se han interesado por el psicoanálisis refieren a él constantemente. Esto se puede notar en el siguiente aporte respecto al síntoma presentado por Žižek (2003). Es llamativo el punto de contacto con una condición que constituye la identificación.

Hemos llegado finalmente a la dimensión del síntoma, porque una de sus posibles definiciones también sería “una formación cuya consistencia implica un cierto no conocimiento por parte del sujeto”: el sujeto puede “gozar su síntoma” solo en la medida en que su lógica se le escapa y la medida del éxito de la interpretación de esa lógica es precisamente la disolución del síntoma. (Žižek, 2003, p.47)

El paralelismo entre esta reflexión sobre el síntoma y el funcionamiento de la identificación es llamativo. Cuando el autor menciona que “sería una formación cuya consistencia implica un

cierto no conocimiento por parte del sujeto” entiendo que está describiendo de manera precisa, a la vez, un aspecto constitutivo de la identificación, teniendo en cuenta que un sujeto puede poner en palabras con que se identifica sin demasiado problema e incluso estar muy seguro de eso, pero lo que seguramente desconoce es la estructura y los motivos por los que se identifica con ciertos rasgos u objetos y no con otros. Por supuesto que el paralelismo no es exacto; en cuánto a la identificación, no necesariamente se busca una disolución, cómo en el caso del síntoma. Sin embargo, al reconocer ciertos mecanismos o hechos pasados que hacen al sujeto identificarse con determinados aspectos, es casi inevitable que haya un proceso de transformación respecto a la identificación. Por lo tanto, la situación de no conocer parte del funcionamiento, es decir, algo que está reprimido, por motivos que pueden ser diversos o que simplemente no se han reflexionado hasta el momento, es fundamental tanto para que el sujeto pueda “gozar su síntoma”, cómo para la constitución de una identificación asumida sin cuestionar, hasta ese momento. Es oportuno recordar que no es la primera vez que estos conceptos parecen estar enlazados, más bien se reafirma este vínculo, teniendo en cuenta que Freud, en los primeros momentos describe las identificaciones a partir de la formación de síntomas.

Generar un espacio para reflexionar sobre lo que se da por sobre entendido es una de las bases del psicoanálisis. Es decir, exponer que las estructuras que se consideran sólidas y no pudiendo ser de otra forma, no lo son en absoluto. Cuando se ponen en palabras, vía asociación libre, los argumentos que sostienen dichas estructuras, esa solidez se debilita fácilmente en la mayoría de los casos.

Lo planteado en el presente trabajo apunta a reflexionar sobre el peso de la identificación en el discurso y la importancia que tiene a la hora del análisis. Es un tema particularmente relevante porque en el discurso se habla de un yo, de una imagen. Benveniste aporta al respecto:

La conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo yo sino dirigiéndome a alguien, que será en mi alocución un tú. Es esta condición de diálogo la que es constitutiva de la persona, pues implica en reciprocidad que me torne tú en la alocución de aquel que por su lado se designa por yo. (Benveniste, 1977, p.181)

El autor explica aquí un aspecto más para pensar la complejidad de la identificación: el único modo que existe para que el sujeto refiera al yo en el discurso: como algo externo, esta puntualización ya implica cierta confusión. Esta lógica justifica en cierta medida la dualidad que se presenta en el discurso, cierta inconsistencia tiene motivo si se piensa que un mismo

sujeto debe describir a su yo en la misma forma en la que describe a un otro, sumada a todos los procesos mencionados que tienen lugar en la formación del yo.

La forma en la que un sujeto habla de su yo es relevante por más de un motivo; sobre ese yo es posible realizar modificaciones que tendrán consecuencias en el lugar que ocupa el sujeto, es decir en su percepción de sí mismo. Debido a todos los aspectos que contribuyen a formar el yo, no sólo se busca modificar una imagen que el sujeto tiene de sí, si no que cada nuevo cuestionamiento a esos diversos procesos descritos, va a generar alteraciones en la lógica que rige en el discurso del sujeto y determina tanto su lugar como su sufrimiento.

Para finalizar este apartado es fundamental remarcar la relevancia de la identificación, como uno de esos procesos referidos. En el discurso, el sujeto refiere a un yo, que es un sedimento de identificaciones. A partir de esta situación, la cuestión de analizar y eventualmente cuestionar las identificaciones pasa a un lugar absolutamente primordial. Si tenemos presente que las identificaciones preceden al yo y en cierta medida lo construyen, también asumimos que cada una de ellas explica en parte la perspectiva desde la cuál un sujeto se ve a sí mismo. Esto implica que cualquier cuestionamiento o modificación de una identificación va a tener sus correspondientes consecuencias en el yo de quién se ha identificado. Nunca podemos saber a priori si esas modificaciones generarán mayor o menor sufrimiento, pero si podemos tener la certeza de que influyen —y de manera determinante— en la producción de un cambio de perspectiva, que en última instancia es lo que se busca en un análisis.

## Identificación en Lacan

Para pensar el concepto de identificación, tal como Lacan lo aborda es ineludible referir al estadio del espejo, noción en la que el autor presenta la idea de lo que se puede entender cómo la identificación originaria. Se plantea que sucede algo trascendental en el momento en que el infante se enfrenta a su propia figura refractada. El niño se ve por primera vez completo en el espejo, es decir que por vez primera se ve del mismo modo en que ve a otros. Además, se agrega el hecho significativo de que la madre, o quién encarne ese rol, marca que “tú eres eso”; de este modo, esa primera identificación está determinada por algo externo (aquí también se juega algo del deseo del otro). Lacan menciona que es el paso del estado de “fetalización”, en el que existe la noción de una especie de figura fragmentada del cuerpo, a una ortopedia en el sentido de corregir la existencia de ese sujeto al tener noción de su imagen completa: su ser, hasta entonces no percibido en su totalidad. El autor habla sobre la transformación que se produce en el sujeto al asumir su imagen, es quizás la primera noción de algo similar al yo que tiene el sujeto en una etapa muy temprana de su vida.

Hay algunas ideas específicas en esta figura del espejo que pueden ser útiles para pensar la identificación. Por ejemplo, el hecho del rol de alguien externo que le indica al sujeto cuál es su imagen, dando a entender a partir de esta situación que lo que nos identifica siempre viene desde fuera.

Cuando el niño se reconoce en el espejo, tiene entonces una representación de su cuerpo distinta de las sensaciones internas de su motricidad-representación hecha posible por el carácter de exterioridad de la imagen. El niño tiene de sí mismo una imagen semejante a la que tiene de otros cuerpos fuera de sí, en el mundo: un cuerpo entre otros. Ahora bien, Lacan opera una subversión de esta interpretación recibida. No hay formación del yo a través de su exteriorización, por un movimiento de interior al exterior, por culpa de una proyección, sino lo contrario: el yo, de entrada, es exteroceptivo o no es. (Julien, 1985, p.35)

La interpretación de Lacan marca el sentido en que se construirá la imagen del sujeto. Entiende así que el yo se forma desde el exterior, Zizek lo ilustra de forma exagerada con un simple chiste sobre un “loco” que pensaba que era un grano de maíz.

Después de pasar un tiempo en un manicomio, finalmente se curó: ahora ya sabía que no era un grano sino un hombre. Le dejaron que se fuera, pero poco después regresó corriendo y dijo: “Encontré una gallina y tuve miedo de que me comiera.” Los médicos trataron de calmarlo: “Pero ¿de qué tienes miedo? Ahora ya sabes que no eres un grano sino un hombre.” El loco respondió: “Si claro, yo lo sé, ¿pero la gallina sabe que ya no soy un grano? (Zizek, 2003, p.64)

El chiste lleva la situación al extremo, pero plantea un punto que está presente todo el tiempo en la noción que uno puede tener de su propia imagen y la forma en que esta se construye; lo que el sujeto interpreta que recibe del exterior, es decir la imagen que le es devuelta, condiciona de manera determinante el concepto de sí mismo. En el caso específico del chiste, el “loco” pondera lo que pueda saber la gallina de él sobre lo que él mismo sabe. En situaciones cotidianas uno también actúa de diferente manera según el entorno que lo rodea en determinado momento, basta con pensar si haría el mismo chiste en una reunión con amigos íntimos, que en un encuentro con un grupo de desconocidos. Este cambio lógico en la conducta demuestra que la imagen que percibimos que tienen de nosotros es importante al punto que condiciona nuestro accionar.

Es oportuno mencionar que esta primera noción de identificación presentada en el estadio del espejo está relacionada al plano imaginario; de hecho, se plantea la identificación del niño a su imagen. Sin embargo, en los siguientes aportes realizados por Lacan se puede notar cómo la estructura simbólica tomará un lugar fundamental para entender el modo en el que se produciría la identificación. Ambos registros están íntimamente relacionados y son partes indispensables para este proceso.

Ahora bien, para pensar la identificación desde la mirada de Lacan es pertinente referir algunas puntualizaciones. Un camino para introducirse en la conceptualización que hace en torno a este problema sería a través de su relectura de las nociones de *yo ideal* e *ideal del yo*, tal como son abordadas en “Los escritos técnicos de Freud” (1981/1953-1954). Es importante destacar que este planteamiento establece una diferencia fundamental entre los dos conceptos que no se encuentra en la obra de Freud, por lo que constituye una mirada novedosa respecto al modo de entender el funcionamiento de la identificación.

Se puede decir que existe un planteamiento diferente del proceso de identificación respecto de la teoría de Freud. Específicamente en lo que refiere a la diferencia entre ideal del yo y yo ideal, no explicitada por Freud, Lacan (1981/1953-1954) va a decir: “Uno está en el plano de lo imaginario, el otro en el plano de lo simbólico, ya que la exigencia del Ich-Ideal (ideal del yo) encuentra su lugar en el conjunto de exigencias de la ley”. (p. 204). En lo que refiere al ideal del yo, Lacan enfatiza que se ubica en el plano simbólico y por tanto da sentido al esquema de relaciones en el que se encuentra un sujeto:

El ideal del yo, es el otro en tanto hablante, el otro en tanto tiene conmigo una relación simbólica, sublimada, que en nuestro manejo dinámico es a la vez semejante y diferente a la libido imaginaria. El intercambio simbólico es lo que vincula entre sí a los seres humanos, o sea la palabra, y en tanto tal permite identificar al sujeto. (Lacan, 1981/1953-1954, p.215)

De esta manera Lacan establece el ideal del yo como el lugar o el punto, en el Otro, desde el que el sujeto se ve. Por tanto, a partir del intercambio simbólico mencionado se da sentido a una estructura de relaciones que determina el lugar subjetivo en el que el sujeto se encuentra y la imagen que ve de sí mismo.

A partir de la cita mencionada, se pueden establecer algunos aspectos relevantes respecto al proceso de la identificación. Lo que se desarrolla en el plano simbólico (dónde se ubica el ideal del yo) y la imagen (yo) con la que el sujeto se identifica están en estrecha relación: esto significa que la identificación se origina a partir de lo simbólico, pero a la vez, cualquier modificación que se lleve a cabo en ese plano, implica una correspondiente modificación en la imagen del sujeto. Tener este aspecto en cuenta es fundamental desde esta mirada del psicoanálisis porque influye de manera determinante en el modo de abordar un proceso de análisis: poniendo el foco en la relación simbólica y no solo en la imaginaria. Respecto a este proceso, Lacan concluye: "(...) en el hombre, no puede establecerse ninguna regulación imaginaria, verdaderamente eficaz y completa, si no es mediante la intervención de otra dimensión. Esto es lo que busca al menos míticamente, el análisis." (p.215)

A raíz de lo planteado, Lacan se cuestiona sobre la posición del sujeto en la estructuración imaginaria y enseña:

Esta posición sólo puede concebirse en la medida en que haya un guía que esté más allá de lo imaginario, a nivel del plano simbólico, del intercambio legal, que sólo puede encarnarse a través del intercambio verbal entre los seres humanos. Ese guía que dirige al sujeto es el ideal del yo. (Lacan, 1981/1953-1954, p.215)

Otro de los aspectos que deben ser mencionados es la diferencia que se plantea entre el sujeto y el yo. Lacan (2020/1954-1955) parte de una reflexión personal, sobre un momento en que no estaba particularmente contento, pero al notar que los otros estaban contentos, él mismo se ponía contento. Así, se cuestiona "¿en qué momento soy verdaderamente yo?". A partir de esa pregunta, expone: "Hay que distinguir, por lo menos, dos otros: uno con A mayúscula, y otro con una a minúscula que es el yo. En la función de la palabra de quién se trata es del Otro." (p. 355)

Para explicar esta diferencia, el autor menciona al sujeto analítico y afirma: "Es el sujeto, no en su totalidad sino en su abertura. Como de costumbre no sabe lo que dice" (p. 365). Por tanto, el sujeto sería aquella abertura en el yo, a partir de la cual podemos decir que no sabe lo que dice, o que dice más de lo que sabe. Planteada la imposibilidad de un ser total, Lacan

dice que “nada sabemos de esto” y enfatiza pensar la noción de sujeto como algo fragmentado.

Si bien Lacan representa al sujeto en relación con A (Otro), agrega una puntualización muy importante respecto a cómo se percibe:

Claro está que no es ahí donde él se ve, esto no sucede nunca, ni siquiera al final del análisis, Se ve en a, y por eso tiene un yo. Puede creer que él es este yo, todo el mundo se queda con eso y no hay forma de salir de ahí. (Lacan, 2020/1954-1955, p.366)

Esta consideración es fundamental en la diferenciación del yo respecto del sujeto, ubicando al yo en el plano imaginario, habiendo previamente planteado al sujeto como “abertura”. A pesar de que el sujeto se refiere a sí mismo como a, existe cierta noción de que él no es exactamente esa imagen. Este modo de plantearlo implica una imposibilidad de definirse a sí mismo, y, por lo tanto, se produce una instancia de no certidumbre, un espacio para cuestionar y cierta posibilidad de modificación del lugar que ocupa el sujeto en una estructura, tanto simbólica como imaginaria. Respecto a esto Lacan afirma: “El sujeto no sabe lo que dice, y por las mejores razones, porque no sabe lo que es.” (p.367)

Establecidas estas diferencias, para pensar el concepto de identificación es significativo enfatizar que el sujeto, al hablar de sí mismo, habla de una imagen, es decir, se refiere al yo cómo si hablase de otra persona.

“El ser humano sólo ve su forma realizada, total, el espejismo de sí mismo, fuera de sí mismo”. (p. 213) Este concepto se relaciona estrechamente con lo propuesto por Benveniste (1977) y sirve para pensar la constitución subjetiva; a partir de ella se puede afirmar que en el análisis el yo opera como una imagen, una con la cual el sujeto se identifica. Lacan explica la tópica de lo imaginario mediante un esquema de espejos (para este trabajo es conveniente tomar una versión de este esquema de espejos con algunos elementos agregados por Lacan, respecto a su propio esquema original. El autor agrega estos elementos para representar la relación simbólica). En términos simplificados el esquema se compone de la siguiente manera: hay un espejo cóncavo, un florero, un espejo plano y otro florero; el espectador vería la imagen a través del espejo cóncavo, y de su posición respecto a ese espejo depende la nitidez con la que ve la imagen real, además de que de la inclinación del espejo plano depende que se vea la imagen de forma perfecta o muy mal, dice lacan que “esto representa la difícil acomodación de lo imaginario en el hombre”. A continuación, Lacan agrega:

Podemos suponer ahora que la inclinación del espejo plano está dirigida por la voz del otro. Esto no existe a nivel del estadio del espejo, sino que se ha realizado posteriormente en nuestra relación con el otro en su conjunto: la relación simbólica. Pueden comprender entonces que la regulación de lo imaginario depende de algo que está situado de modo trascendente siendo lo trascendente en esta ocasión ni más ni menos que el vínculo simbólico entre los seres humanos. (Lacan, 1981/1953-1954, p.213)

A partir de esta ilustración, es posible decir que hay un proceso ciertamente complejo que precede y determina la formación de la imagen del sujeto que tanta relevancia tiene en el desarrollo de su lógica discursiva. Primero se hace referencia al espejo cóncavo que apuntaría a representar lo imaginario, teniendo en cuenta que un cambio de posición en la mirada del sujeto alteraría de forma sustancial la imagen que este recibe. Para explicar el cambio de posición Lacan introduce en esta oportunidad el espejo plano (del cual depende de manera determinante la posición del sujeto, es decir la imagen que recibe). Así ilustraría ni más ni menos que la relación simbólica. Ejemplifica de este modo un sistema sumamente complejo: podemos concluir que cualquier cambio en la estructura simbólica, es decir la posición del sujeto, necesariamente va a tener como consecuencia cambios en la imagen (yo). Es por eso que esta versión del esquema de espejos, incluyendo la relación simbólica, representa con mayor precisión lo que sucede durante el proceso por el cual se formaría la imagen a la que el sujeto se refiere en su discurso.

A raíz de lo explicado y en relación al concepto de identificación, podemos concluir: a través de la escucha se puede interpretar no solo la imagen que el sujeto asume, sino también la relación simbólica a partir de la cual asume esa imagen. Considerando el lugar de la relación simbólica en este proceso, y en la medida en que “yo es otro”, debe tenerse en cuenta que cuando el sujeto habla de sus semejantes, de otros componentes de su estructura relacional, por ejemplo un amigo o una pareja, también habla de sí mismo. Ese texto aporta elementos sobre su identificación, tanto en el plano imaginario como simbólico. El discurso brinda elementos que revelan la posición que asume el sujeto más allá del espejismo del yo, y por lo tanto, son eventualmente capaces de modificar la lógica de la estructura.

Tanto Freud como Lacan trabajan con el ideal del yo, pero lo abordan de maneras diferentes y es clave tener presente esa diferencia para entender la función del concepto en la identificación para cada uno de ellos. En el siguiente extracto vemos la noción de ideal del yo, tal como la considera Freud:

No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el

despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal. (Freud, 1980/1914, p.91)

En esta descripción se puede notar cierta equivalencia entre superyó e ideal del yo en la consideración de Freud, explicando el concepto ligado estrechamente al narcisismo perdido de la infancia. Freud también va a decir: “La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión” (p.90) por lo que también liga el concepto a la represión. Sin embargo, el planteo de Lacan (1981/1953-1954) implica una mirada diferente respecto a ideal del yo y yo ideal, pues establece una diferenciación fundamental entre lo imaginario y lo simbólico, siendo en la estructura simbólica donde tiene lugar el ideal del yo, que tomará un lugar determinante en la identificación del sujeto.

Respecto al conflictivo lugar del yo:

El mundo del símbolo, cuyo fundamento mismo es el fenómeno de la insistencia repetitiva, es alienante para el sujeto o, más exactamente, es causa de que el sujeto se realice siempre en otro lugar, y de que su verdad le esté siempre en alguna parte velada. El yo está en la intersección de uno y otro. (Lacan, 2020/1954-1955, p.315)

Aquí Lacan da cuenta del complejo lugar del yo en la estructura imaginaria, pero también revela que a través de las repeticiones en el discurso es posible establecer una idea sobre ese lugar difuso y difícil de precisar, en esas repeticiones también hay elementos que dicen sobre la estructura simbólica. Está implícito que, si bien parte de la verdad del sujeto estaría “velada”, algo de lo reprimido en su discurso parecería querer emerger.

Este razonamiento se complementa por la sola existencia de lo que llamamos inconsciente, por definición algo que no conocemos. Por lo que es imposible algo como una identidad, ese concepto cerrado que propone unidad; debería quedar descartado desde el momento mismo en el que admitimos que hay parte de nuestra estructura a la que no tenemos acceso de forma consciente.

Esta es una característica relevante entre las que componen a la identificación y la hacen cambiante, difícil de leer de forma coherente, simplemente porque carece de esa coherencia, justamente por ser un proceso compuesto por diversos factores que son contradictorios entre sí. De modo que es imposible sostener algo cómo una “identidad”.

En el seminario 9 (2009/1961-1962) titulado *La Identificación*, Lacan va a describir algunos conceptos claves para entender la identificación de un modo muy diferente al que podemos

ver en Freud, e incluso a su primer abordaje de la identificación a través del estadio del espejo referido previamente, en el que se entiende que la identificación se produce con la imagen del otro. En este seminario podemos notar como se acentúa la diferencia entre otro y Otro. Además, se plantea la relación del sujeto al significante que sería de lo que realmente trata la identificación. Se aborda en esta instancia el lugar fundamental de la identificación en la constitución misma del sujeto. Lacan (2009/1961-1962) afirma: “en lo que concierne a la función de la identificación (...) ocurre esencialmente a nivel de la estructura: y la estructura (...) es lo que hemos introducido particularmente como especificación del registro de lo simbólico” (p.41) introduciendo así la relevancia de la estructura simbólica en el proceso de identificación. Este planteamiento presenta un cambio importante en el abordaje de la misma y establece una forma original de entender el proceso hasta ese momento.

Para pensar la noción que propone Lacan de identificación tal como lo hace en el seminario “La identificación” (1961-1962), y diferenciarla de la de identidad, es fundamental mencionar el concepto de significante. El autor expone la ecuación  $A=A$  que ha marcado una época de pensamiento, para plantear una fuerte crítica a este razonamiento que será fundamentada a partir del siguiente argumento:

lo que distingue al significante es sólo ser lo que los otros no son; lo que en el significante implica que esta función de la unidad es justamente no ser sino diferencia. Es en tanto pura diferencia que la unidad, en su función significante se estructura, se constituye. (Lacan, 2009/1961-1962, p.26).

Lacan define así al significante estrechamente ligado a la diferencia, cómo único rasgo distintivo. Al elegir describirlo desde la oposición a otro significante deja implícita la imposibilidad de ser idéntico a algo, incluso a sí mismo. Lo ejemplifica con la frase “La guerra es la guerra”, en la cual la primera “guerra” no es igual a la segunda, porque esa palabra como significante no puede definirse de otra manera que como no siendo lo que otros significantes son. Concluye así que no existirían tautologías en el lenguaje. A través de este razonamiento Lacan no solo critica el principio de identidad  $A=A$ , también cuestiona notablemente la noción de un sujeto idéntico a sí mismo.

A partir del citado razonamiento, Lacan agrega que “la identificación no tiene nada que ver con la unificación” (p.26). Este modo de entender la identificación es radical y supone que el sujeto nunca coincide consigo mismo, ni tampoco es fiel a sí mismo, por lo que el concepto de identidad, desde esta mirada del psicoanálisis sería como mínimo, problemático.

Lacan (2009/1961-1962) se va a encargar de profundizar todavía más en su crítica a la noción de identidad a través de su descripción de la diferencia sustancial que existe entre signo y

significante: “Un significante se distingue de un signo en primer lugar en lo que trataré hacerles sentir: que los significantes no manifiestan sino la presencia, en primer lugar de la diferencia como tal y ninguna otra cosa.” (p.36).

Se reafirma en esta frase que la función de significante es la diferencia, exclusivamente la diferencia, mientras que el signo representa algo para alguien. Estar de acuerdo con la estructura lógica que forman estos conceptos lleva a considerar al sujeto de una forma novedosa hasta ese momento en el psicoanálisis, que se puede calificar de contraintuitiva debido a la familiaridad que uno reconoce en la ecuación  $A=A$ . Reconocer que el sujeto está constituido de forma fundamental por el lenguaje desemboca en problematizar la noción de identidad en el sujeto cómo algo sostenido en el tiempo, cómo algo idéntico a sí mismo. En cambio, las identificaciones son cambiantes, sustituibles y hasta incluso pueden invertir su sentido.

Continuando esta línea, es posible pensar el malentendido constitutivo del lenguaje como característica que comparte con la identificación. La similitud no es accidental, ya que somos seres hablantes y eso determina que no hay identidad capaz de responder a una estructura de forma unívoca, de modo que el concepto de identificación se adecuaría mejor a la naturaleza del sujeto atravesado por el lenguaje. Podemos concluir que, a partir de habitar el lenguaje, surge una nueva forma de pensar y entender el concepto de identificación.

Establecida la lógica respecto del significante, Lacan (2010/1964), poco tiempo más tarde nos enseña sobre la interpretación: “El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido, sino la reducción de los significantes a su sin-sentido para así encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto.” (p.219)

Esta puntualización sobre la interpretación del discurso explicita que el significante por sí solo no tiene ningún significado, precisamente por ese motivo, supone aún más problemático el concepto de identidad: ya que, si un significante sólo tiene sentido dentro de esa estructura relacional y sobre todo por oposición a los otros, entonces, por una cuestión lógica, el cambio que se produzca en la interpretación de uno sólo de los significantes provocaría el cuestionamiento de toda la estructura y por lo tanto de las identificaciones que allí tienen sentido y origen. Esto no es una reflexión menor ya que denota la importancia de trabajar sobre la estructura simbólica y no sólo centrarse en la imagen del sujeto (yo), ya que, es a partir de esa estructura que se configura la imagen, son elementos estrechamente relacionados.

Una vez más, una obra de ficción ilustra esta naturaleza en el sujeto de manera exagerada, pero plantea un ejemplo interesante de giro radical en la identificación.

En 1984, el libro más conocido de Orwell, se nos presenta un caso extremo de cambio y determinación externa de la "identidad". Seguimos, dentro de una sociedad distópica y un régimen totalitario, la situación de Winston; un hombre que trabaja, irónicamente, durante gran parte de su vida modificando artículos y archivos del pasado para que coincidan y avalen el discurso del régimen que reina en su presente. El protagonista, después de ser torturado y expuesto a estas mentiras durante años, acaba su vida realmente convencido de adorar al líder y al régimen que siempre odió. Es la destrucción total de la subjetividad que se nos muestra al principio de la historia, para terminar siendo un sujeto producido y moldeado a medida del discurso imperante en el mencionado régimen. Considero que se puede interpretar como la historia de un sujeto que pierde, precisamente, la noción de esa diferencia fundamental entre sujeto y su yo (imagen) dentro de una estructura.

Si bien el libro no sólo trata de esto, brinda un ejemplo claro en el cual se nota una variación extrema en la "identidad"; ésta puede variar de un extremo a otro con la misma convicción. El concepto de identificación, pensado como lo plantea Lacan, implica cierta distancia entre el sujeto y la imagen con la que éste se identifica. En esa diferencia surge la posibilidad de cuestionar esa imagen que representa al sujeto y hace que la estructura que la determina no sea rígida e inmodificable. Según enseña Lacan (2020/ 1954-1955), "que el sujeto acabe por creer en el yo es, como tal una locura." (p.370) La locura sería una situación en la que no existe distancia entre el yo y el sujeto. La identificación es posible precisamente porque el sujeto no es una entidad total y unificada, sino algo fragmentado a tal punto que sólo se puede trabajar sobre la imagen del yo entendiéndola como algo externo y que forma parte de una estructura. Lacan califica como "locura" la situación en la que esa distancia entre el yo y el sujeto no existe. Para ilustrar aún más esta cuestión, Lacan (2009) plantea un célebre ejemplo nuevamente relacionado al concepto de locura: "si un hombre se cree rey está loco, no lo está menos un rey que se cree rey" (p. 169). Confirma con este ejemplo lo dicho anteriormente, y plantea la dificultad que implica una inmediatez o cercanía excesiva a esa identificación, a ese yo. Fundamenta de esta manera la relevancia de una "mediación" entre sujeto e identificación.

Previamente hacía referencia a una similitud en el funcionamiento del síntoma respecto al de la identificación. Ahora, una descripción sobre el funcionamiento de la ideología, que tiene relación con el ejemplo del libro, es pertinente para ilustrar otro aspecto importante en la construcción de identificación. El personaje protagonista del libro experimenta una mutación en su subjetividad y también en su ideología, y este cambio es posible porque el sujeto sufre un cambio de posición subjetiva, un cambio en la estructura simbólica que determina su percepción de "la realidad". Althusser (1974) aporta sobre el funcionamiento de la ideología: "En la ideología no está representado entonces el sistema de relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de esos individuos con las relaciones reales en que viven." (p.47)

La descripción revela la clave para entender por qué es posible que la ideología pueda cambiar, el proceso es similar al de la identificación. La constitución de una ideología se sedimenta sobre las relaciones imaginarias, las cuales se forman a partir de la estructura simbólica, y por tanto son modificables. Lo mismo sucede con la identificación, que se da en el plano imaginario y su estructura es simbólica; entonces se puede concluir que la identificación es susceptible de cambios, tanto cómo lo es la ideología.

En cuanto a la formación de la ideología y también de la identificación, Zizek propone una reflexión que complementa la explicación de estos procesos y agrega un detalle importante sobre el modo en el cuál sucede:

Hemos de buscar sin duda razones racionales que puedan justificar nuestra creencia, nuestra obediencia al mandato religioso, pero la experiencia religiosa crucial es que estas razones se revelan únicamente a aquellos que ya creen, encontramos razones que confirman nuestra creencia porque ya creemos, no es que creamos porque hayamos encontrado suficientes buenas razones para creer. (Zizek, 2003, p.66)

Si se lo piensa desde la clínica, tener en cuenta este punto es sumamente útil porque no son los motivos ni los argumentos para fundamentar la identificación con algo lo que importa para el psicoanálisis, sino que lo que lo trascendente es la estructura que lleva al sujeto a aferrarse y convencerse de eso. Ahí se juega algo que es central para entender cómo se posiciona el analizante, brinda material sustancial para cuestionar o crear un espacio dónde éste pueda repensar algo que en principio estaba fijo, algo que era una ley dentro de su esquema. Para tomar noción de la trascendencia de dicha ley es imprescindible pensar el automatismo de repetición.

aquello con lo que tenemos que vérnoslas en el automatismo de repetición es lo siguiente: un ciclo de alguna manera tan amputado, tan deformado, tan abrasado, como lo definimos: desde que es ciclo, y comporta retorno a un punto término, podemos concebirlo sobre el modelo de la necesidad, de la satisfacción. (Lacan, 2009/1961-1962, p.45)

El significado de la repetición es un retorno a algo reprimido. Lacan remarca que no es relevante si el ciclo es exactamente igual o presenta diferencias (de hecho, esas diferencias existirían para conservarlo ya que perpetúan su repetición), sino que lo sustancial es que, por algún motivo se retorna a ese “significante” y no a otro. Mediante la repetición sostenida en

un proceso de análisis debería ser posible notar ciertas estructuras aparentemente rígidas determinadas que conforman leyes, las cuáles rigen y conforman la lógica del discurso.

Es un punto que debe ser analizado con detenimiento y sumo cuidado. No es tarea de un analista sugerir a otra persona que hacer o en que creer, y además ese modo de proceder no produciría efectos duraderos. No se trata de cambiar arbitrariamente esas leyes establecidas por otras. Posiblemente, la función más potente que se le puede dar a esa parte específica del discurso sea la de introducir un momento para dudar, para replantear aspectos que se detectan en el relato y puedan ser claves para cambiar la posición subjetiva que genera sufrimiento en el analizante, que por algo recurre a la instancia de análisis.

Antes mencionaba que la identificación es susceptible de modificación, esta se construye a partir: tanto del plano simbólico como imaginario. Así, las modificaciones se pueden notar en el yo del sujeto, es decir en la imagen, pero esa imagen se construye fundamentada en la estructura simbólica que determina las relaciones y el lugar desde el cuál el sujeto se ve a sí mismo a partir del otro. En esta lógica, establecer una instancia de cuestionamiento a esa estructura simbólica es un momento importante en el análisis, teniendo en cuenta que los cambios que se puedan producir al repensarla derivan en cambios sustanciales en la imagen y, por tanto, en el lugar en el que el analizante se encuentra. En este proceso influyen factores como la imagen social, lo que otros piensan del sujeto, lo que le gustaría que pensarán, etc. Todas estas cuestiones tienen peso en la formación de identificaciones.

En este proceso de modificaciones tiene un lugar central el concepto de ideal del yo. Sobre su función Lacan (1981/1953-1954) aporta lo siguiente; “El ideal del yo dirige el juego de las relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria” (p. 214)

Esta afirmación da cuenta de la importancia del ideal del yo en la construcción de la relación imaginaria, y enlaza de forma decisiva al plano simbólico con el imaginario en una relación de dependencia total. Lacan dice: “La palabra, la función simbólica, define el mayor o menor grado de perfección, de completitud, de aproximación de lo imaginario.” (p.214) Expresa que, a partir de la relación simbólica, se formarán las imágenes que representan al sujeto y sus vínculos en el plano imaginario. Además, cuando Lacan se refiere al “carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria” es oportuno tener presente que el objetivo del análisis apunta a que el sujeto logre un lugar de menos sufrimiento en su esquema de relaciones, por lo que el ideal del yo es uno de los puntos por trabajar cuando se tiene por propósito modificar esa posición; esto sólo es posible mediante el replanteamiento del lugar desde el cual el sujeto se ve a partir del Otro.

Profundizando sobre la función de la estructura simbólica en la construcción de lo imaginario, Zizek aporta:

En la red de relaciones intersubjetivas, cada uno de nosotros es identificado con y atribuido a cierto lugar fantasmático en la estructura simbólica del otro. El psicoanálisis sostiene aquí exactamente lo contrario de la opinión habitual del sentido común, de acuerdo con la cuál las figuras fantasmáticas no son sino distorsiones, combinaciones u otro tipo de elaboraciones de sus modelos “reales” de personas de carne y hueso con las que nos encontramos en nuestra experiencia. (Zizek, 2021, p.35)

En este párrafo se toca un tema que no se debería omitir: ni más ni menos que el modo en el cuál tendemos a relacionarnos con los demás (otros con minúscula); de hecho, el único modo que tenemos de hacerlo: ubicando al otro sujeto entre figuras preestablecidas que ya tenemos en nuestro imaginario, por similitudes arbitrarias que encontramos. Este esquema tiene lugar en un plano simbólico, que en este caso cobra más importancia que el plano real; de hecho, el sentido de la cita apunta a que en lo que concierne al psicoanálisis, ese plano simbólico toma toda la relevancia porque determina todo lo que le sigue, incluyendo efectos en la “realidad”. A partir de esa base se puede interpretar que el otro es una imagen para nosotros, una a la cual se le da significado para relacionarnos con ese sujeto de determinada manera, sólo en la medida en que lo ubicamos en nuestro espacio fantasmático de forma subjetiva. Lógicamente esto trae implícito que nosotros también somos imágenes en la estructura imaginaria de otros sujetos. Ciertamente la identificación es subjetiva, debido a que no existe algo cómo una verdad objetiva. Es cada sujeto, desde el lugar que ocupa en determinada estructura simbólica, es decir desde su posición respecto al Otro, quién construye una estructura imaginaria que da un marco de sentido a sus relaciones y su modo de actuar.

Para finalizar considero fundamental referir a un fragmento del Seminario 2 de Lacan (2020/1954-1955) en el cuál explica: “El análisis consiste en hacerle tomar conciencia de sus relaciones, no con el yo del analista, sino con todos esos Otros que son sus verdaderos garantes, y que no ha reconocido”. (p.370)

Aquí se plantea un aspecto interesante pensando en cómo abordar la identificación. Cuando se menciona que “los Otros son sus verdaderos garantes” se refiere a una idea central, ya que la propia identificación está basada en lo que el sujeto recibe de los “Otros”, es decir, lo que interpreta de su propio entorno, los mandatos que ha recibido y los referentes que sigue etc. En fin, una serie de aspectos del contexto de una persona. Esto va conformando una imagen del sujeto a la cual están orientados sus actos, puede ser con el objetivo de reforzar esa imagen cada vez más o en el caso opuesto, para contrarrestar y separarse de ella (esto aparece frecuentemente en el discurso). En cualquiera de los casos, el “Otro” tiene un peso

contundente en el lugar subjetivo que ocupa el analizante al comienzo de un proceso analítico, tan contundente que sería a quién realmente se dirige, aun cuando lo ignora.

En esta línea, y con el objetivo de ilustrar lo determinante de la presencia del Otro en las decisiones del sujeto, Lacan (2021/1960-1961) propone un ejemplo de una joven, llamada Marie-Chantal, hija de una buena familia, quién se inscribe al partido comunista sólo para molestar a su padre. En el caso referido, el significante del padre ocuparía por un momento el lugar del Otro; podemos decir que su deseo se convierte en una ley para su hija, tanto que esa ley condiciona absolutamente su accionar, ya sea por seguir esa ley o por llevarle la contraria, tal como sucede en el ejemplo. Según Lacan, es a ese Otro a quien el sujeto (en este caso la hija) se dirige con sus actos, lo sepa o no. Lo mismo sucede en el análisis, a pesar de que el sujeto, por un problema estructural del lenguaje, nunca logre referirse en su decir a quién realmente se dirige.

## Consideraciones finales

La identificación es un concepto fundamental dentro del psicoanálisis. El recorrido por Freud y Lacan pretende pensar su relevancia al momento de analizar el discurso.

Freud nos enseña cómo la identificación es clave desde momentos muy tempranos en el sujeto remarcando el rol que juega en la ligazón afectiva. La clasifica al menos en tres tipos y mediante la segunda tópica, en la que describe la complejidad del proceso por el cual se forma el yo, brinda aspectos para pensar las características de ambivalencia y contradicción que atribuye a la identificación.

Por otra parte, Lacan se sirve del concepto de significante para mostrarnos la imposibilidad de un ser idéntico a sí mismo, estableciendo así una diferencia sustancial entre identificación e identidad. También alude al concepto del gran Otro para formar una idea del modo en el que se construye la identificación y a quién se dirige lo que esta implica. Además, la forma única en la que referimos al yo, mediante el lenguaje determina cierta concepción del sujeto que hace sumamente problemático el concepto de identidad; en su lugar se plantea el de identificación que se adecúa mejor. Vale la pena mencionar que en Lacan el concepto de Identificación va mutando a lo largo de su obra, primero mucho más relacionado a lo imaginario y luego toma un lugar central la estructura simbólica para entender su funcionamiento.

Se pueden notar algunas particularidades con la identificación, por ejemplo, las similitudes estrechas que mantiene con otro concepto significativo en el psicoanálisis como el síntoma, ambos definidos por un no conocimiento constitutivo para su funcionamiento: es decir que tanto la identificación como el síntoma funcionan porque algo de su lógica se le escapa al sujeto. Otro aspecto fundamental a pensar en el proceso de la identificación es el hecho de a quién está dirigida, a lo largo de este trabajo quedó plasmado que los diferentes tipos de identificación están determinados por el ideal de yo, en la teoría de Lacan: el punto, en el Otro desde el cuál el sujeto se ve, además, él dirige el juego de relaciones. A partir de reconocer que los actos del sujeto están orientados y dirigidos al Otro, entonces se admite el origen del sentido de la identificación en el plano simbólico que configura la estructura relacional, estableciendo así el lugar subjetivo.

En relación con esto Zizek (2021) reflexiona sobre la intervención en psicoanálisis: describiendo con precisión la inconsistencia en ese discurso que refiere a la imagen con el cuál el sujeto se identifica, pero esa inconsistencia debe ser marcada desde una perspectiva externa:

En eso radica la razón del siniestro poder de la interpretación psicoanalítica: la vida cotidiana del sujeto transcurre, en su vida cotidiana, dentro de su horizonte de sentido cerrado, a salvo en su distancia con respecto al mundo de los objetos, seguro de su sentido, cuando, de improviso, el psicoanalista hace resaltar algún detalle minúsculo que no tiene ningún tipo de significación para el sujeto, una mancha en la que este “no ve nada” -un gesto o un tic pequeño y compulsivo, un *lapsus linguae* o algo de ese orden- y dice: “Vea, este detalle es un nudo que condensa todo lo que usted tenía que olvidar para poder nadar en su certidumbre cotidiana, enmarca el marco mismo que confiere sentido a su vida, estructura el horizonte dentro del cual las cosas tienen sentido para usted; si lo desanudamos, ¡la tierra se abrirá bajo sus propios pies!” (Zizek, 2021, p.53)

Estas líneas refieren a un momento particular del análisis, que considero, ilustra lo mencionado sobre dar lugar a una instancia de duda y cuestionamiento. Pero también, resumen las características del funcionamiento de la identificación: dan cuenta de la inconsistencia de esta y también describen el lugar fundamental que tiene. Podemos decir que la identificación condiciona la forma en la que un sujeto interpreta los hechos: esa visión siempre sesgada, de ver y entender las cosas está determinada por algo, que por nuestra propia estructura no somos capaces de notar, es un círculo sin salida, a menos que otro lo indique. Esto sucede porque dentro de ese esquema la posición que ocupamos tiene una perfecta lógica.

Es como si necesitásemos omitir parte del funcionamiento de la identificación para que esta funcione, y lo necesitamos por motivos que no conocemos conscientemente, hasta que alguien marca, desde una nueva perspectiva, que toda esta estructura no tiene sentido; y en caso de ser una interpretación correcta, eso puede generar cambios extraordinarios.

Por este motivo es fundamental que el trabajo del analista sea sobre el discurso, sobre la lógica de una estructura (y no solamente sobre el yo del sujeto), como si esto fuera lo único “real” y relevante, precisamente para exponer que es ficción y las leyes (que allí rigen) no son inamovibles, sino que son totalmente moldeables. El objetivo de cuestionar esa primera posición subjetiva es abrir la posibilidad a un cambio que genere menor sufrimiento.

## Bibliografía

- Althusser, L., Gruppi, L., & Paredes, A. (1974). Ideología y aparatos ideológicos de Estado (pp. 7-66). Buenos Aires: Nueva visión. <https://lobosuelto.com/wp-content/uploads/2018/10/Althusser-L.-Ideolog%C3%ADa-y-aparatos-ideol%C3%B3gicos-de-estado.-Freud-y-Lacan-1970-ed.-Nueva-Visi%C3%B3n-1974.pdf>
- Benveniste, E. (1977). Problemas de Lingüística General I. México D. F., México: Siglo XXI Editores.
- Freud, S. (1980). El sepultamiento del complejo de Edipo. Obras Completas Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores S.A
- Freud, S. (1980). El Yo y el Ello. Obras Completas Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores S.A
- Freud, S. (1976). La interpretación de los sueños (primera parte). Obras Completas Tomo IV, Buenos Aires: Amorrortu, editores S.A <https://www.psicopsi.com/wp-content/uploads/2021/05/Freud-Amorrortu-4.pdf>
- Freud, S. (1980). Introducción al narcisismo. Obras Completas Tomo XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores S.A
- Freud, S. (1980). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis Números 30 y 31. Obras Completas Tomo XXII, Buenos Aires: Amorrortu, 1932.
- Freud, S. (1980). Psicología de las Masas y análisis del Yo. Obras Completas Tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu editores S.A
- Ivars, J. S. (2021). La casa del ahorcado: Cómo el tabú asfixia la democracia occidental. Debate.
- Lacan, J. (1981). El seminario de Jacques Lacan: Libro 1: Los escritos técnicos de Freud. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2020) El seminario de Jacques Lacan: libro 2: el yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2021) El seminario de Jacques Lacan: libro 8: La transferencia. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1961-1962) El Seminario de Jacques Lacan, libro 9: La Identificación, Buenos Aires, Versión inédita, 2009. <https://www.psicopsi.com/wp-content/uploads/2021/06/Lacan-Seminario9.pdf>
- Lacan, J (2010). El seminario de Jacques Lacan: libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J (2009) Escritos 1. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Laplanche, J. Pontalis, J. (2004) Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Julien, P. (1985). El retorno a Freud de Jacques Lacan. México D.F. México: Sitesa.
- Zizek, S (2003) El sublime objeto de la ideología. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina S.A
- Zizek, S (2021) Goza tu síntoma. Buenos aires: EGodot Argentina.